

Byung-Chul Han

Sin respeto

UNA CRISIS SOCIAL

PAIDÓS

Byung-Chul Han

SIN RESPETO

Una crisis social

Traducción de Lara Cortés

PAIDÓS

Sumario

La lucha por el respeto p. 9
La atención hacia el otro p. 25
Identidad y alteridad p. 37
La época de la desvergüenza p. 55
Valores, ideales y modelos ejemplares p. 63
La consideración p. 75
El declive de la vida pública p. 83
La crisis de la autoridad p. 101

Notas p. 109
Sobre el autor p. 121

LA LUCHA POR EL RESPETO

En su obra *Teoría de la justicia*, John Rawls expone las condiciones básicas que debería cumplir una sociedad ideal. De acuerdo con este autor, una sociedad está «bien ordenada» cuando se rige conforme a un concepto común de justicia, conforme a un sentido de la justicia.[1] La justicia es la «primera virtud de las instituciones sociales».[2] Uno de los «bienes primarios» que se deben repartir —junto con otros como los derechos civiles, las libertades fundamentales, las oportunidades, los ingresos o el patrimonio— sería el respeto por uno mismo (*self-respect*), que Rawls eleva incluso a la categoría de «bien primario más importante».[3]

Para que se dé este respeto por uno mismo resulta esencial «ver que nuestra persona y nuestros actos son apreciados y confirmados por otros, que son, a su vez, estimados y de cuya compañía gozamos».[4] Quien carece de respeto por sí mismo, quien no tiene autoestima o

quien incluso se odia despreciará también a los demás. El respeto por uno mismo y el aprecio hacia los otros van de la mano: «Cuanto más considere una persona que su proyecto de vida merece la pena [...] realizarse, más probable es que celebre nuestros logros. El que tiene confianza en sí mismo no escatima a la hora de apreciar a los demás».[5]

Una sociedad bien ordenada requiere el «respeto mutuo entre los hombres» (*men's respect for one another*),[6] que se manifiesta en forma de reconocimiento recíproco. Ese respeto mutuo constituye el fundamento de una sociedad justa. Tenemos el «deber de mostrar a una persona el respeto que se le debe en cuanto ser moral, es decir, en cuanto [ser] que tiene un sentido de la justicia y una concepción del bien».[7] Rawls sostiene que «todos se benefician al vivir en una sociedad donde se estima el deber de mutuo respeto».[8] Para que se pueda mostrar este respeto hacia los otros se necesita contar con la capacidad de «contemplar la situación de los demás desde su punto de vista, desde la perspectiva de su concepción del bien». Otro de los requisitos del respeto es la «anuencia a hacer pequeños favores y actos de cortesía, no porque tengan algún valor material, sino porque son expresión apropiada de nuestra conciencia de los sentimientos y aspiraciones de los demás».[9] La *atención hacia el otro* es un elemento constitutivo del respeto.

El respeto por uno mismo ha de cumplir dos condiciones: por una parte, que la persona muestre una «firme convicción de que su concepción de su bien, su proyecto de vida, vale la pena ser llevado a cabo» y, por otra, que cuente con la «confianza en la propia capacidad, en la

medida en que ello depende del propio poder, de realizar las propias intenciones».[10] Así pues, el respeto por uno mismo no depende en modo alguno del beneficio que, llegado el caso, podría obtener en términos materiales o de estatus al llevar a cabo el propio proyecto vital, sino tan solo de la fe en el valor de ese proyecto y la confianza en la propia capacidad de hacerlo realidad.

En principio, el respeto por uno mismo no depende del rendimiento y las facultades individuales: es mucho más importante en este sentido el vínculo con la comunidad. Aun cuando alguien posea unas capacidades limitadas, siempre será respetado dentro de la comunidad a la que, por sus intereses e ideales compartidos, pertenezca. La sociedad bien ordenada no es una *sociedad del rendimiento*, sino una *sociedad del respeto*. «Naturalmente, los hombres tienen capacidades y facultades variables, y lo que parece interesante y atractivo para unos no se lo parecerá a otros. Pero en una sociedad bien ordenada, hay una gran variedad de comunidades y asociaciones, y los miembros de cada una tienen sus propios ideales adecuadamente proporcionales a sus aspiraciones y facultades. [...] Lo que cuenta es que la vida interna de esas asociaciones se ajuste convenientemente a las facultades y necesidades de los que pertenecen a ellas, y que proporcione una base segura al sentimiento del propio valor de sus miembros. El nivel absoluto de realización [en el sentido de "rendimiento"], aunque pudiera definirse, será improcedente».[11] Lo que hay que evitar es «toda apreciación del valor relativo de los distintos modos de vida».[12] Cualquier proyecto razonable de vida tiene sentido y valor por sí mismo porque se basa en una *idea del bien*.

Rawls separa completamente los bienes materiales, por una parte, y el estatus, por otra, pese a que cabría pensar que este último es fundamental para que pueda darse el respeto por uno mismo: «La base del [respeto por uno mismo], en una sociedad justa, no es, por tanto, la parte de beneficios que corresponda al individuo, sino la distribución públicamente confirmada de derechos y libertades fundamentales. Y, al ser igual esta distribución, todos tienen una posición [es decir, un estatus] similar y segura cuando se reúnen para regir los asuntos comunes de la sociedad en general».[13] La «necesidad» de estatus solo se puede satisfacer mediante una «posición de derechos civiles iguales».[14]

Así pues, los principios de la justicia solo son razonables cuando todos los reconocen y los cumplen. Cualquier proyecto de vida razonable debe subordinarse a ellos. La acumulación de poder y bienes materiales choca con el concepto común de justicia y atenta contra el respeto por uno mismo que han de sentir todas las personas. En Rawls, la idea de este respeto deriva en buena medida de la comunidad: los proyectos de vida de los individuos deben conjugarse entre sí hasta constituir un proyecto global de sociedad «que todos puedan apreciar y disfrutar».[15]

Para el respeto por sí mismo son fundamentales los «lazos asociativos» (*associative ties*), que «tienden a reducir la probabilidad del fracaso y proporcionan un apoyo contra el sentimiento de desconfianza de sí mismo cuando surgen contratiempos».[16] Esos lazos refuerzan la autoconfianza del individuo. Por tanto, en una sociedad bien ordenada no existen *perdedores* que se sienten abando-

nados y humillados, porque la comunidad amortigua eficazmente el fracaso. Los lazos asociativos evitan que alguien quede sumido en un sentimiento de desconfianza y desprecio hacia sí mismo.

En la sociedad bien ordenada, la vergüenza también es un elemento integrador. *El individuo no se avergüenza de su propio fracaso*, sino de la carencia y de la ausencia de las virtudes que «sus compañeros desean en él y que él desea en sí mismo».[17] Se trata, en consecuencia, de una *vergüenza moral*: «Combinadas con la información del valor moral tenemos, pues, que las virtudes son excelencias. Son buenas desde el punto de vista de nosotros mismos, así como desde el de los demás. La carencia de ellas tenderá a socavar tanto nuestra propia estima como la estimación que nuestros compañeros tienen por nosotros. Por tanto, las manifestaciones de estas faltas herirán el propio respeto con sentimientos asociados de vergüenza».[18] Esos sentimientos de vergüenza se explican por la ausencia de las cualidades —positivas desde el punto de vista moral— que la persona avergonzada «aprecia y a las que aspira».[19] Requieren un *sistema de valores intacto* que todos los miembros de la comunidad reconozcan y aprecien. En cambio, quien haga caso omiso de todo concepto de valor actuará sin sentir vergüenza alguna. La creciente desvergüenza que podemos observar en nuestros días constituye un signo de decadencia social, un indicio del avance del hundimiento de los valores.

John Rawls publicó *Teoría de la justicia* en 1971. En aquella época, la fe en el sentido de comunidad y el bien común aún estaba intacta. Imperaban los modelos socialdemócratas de corte keynesiano, que abogaban por

la justicia social. Aún no había irrumpido la era del neoliberalismo, que introduciría, ya en los años ochenta, Ronald Reagan.

La sociedad bien ordenada de Rawls se opone diametralmente a la sociedad neoliberal del rendimiento. El concepto del rendimiento, de hecho, es incompatible con la idea de la justicia. Por eso en la sociedad del rendimiento crecen tanto las desigualdades sociales. El principio del *winner takes it all* (el ganador se queda con todo) genera ingentes cantidades de perdedores hacia los que no se muestra ni el más mínimo respeto y que se sienten abandonados y humillados. Estos perdedores han dejado atrás el sentimiento de pertenencia, lo que, en último término, provoca una fractura en la sociedad. No es que a los perdedores se los asesine brutalmente, como en la serie de Netflix *El juego del calamar*, pero en la práctica están muertos: muertos en vida. La encarnizada lucha a vida o muerte que causa estragos entre los participantes de este juego en la ficción es un reflejo, llevado al extremo, de la sociedad del rendimiento, dominada por la competencia total. Quien quiera ganar tendrá que liquidar brutalmente a los otros. Aunque también puede ocurrir que la violencia inherente al sistema adopte formas suicidas: en ese caso, son los perdedores los que acaban con su propia vida.

El régimen neoliberal aísla a las personas. Las convierte en luchadoras aisladas, eso que en la jerga propia de este régimen se denomina «empresarios de sí mismos». Los lazos asociativos que refuerzan la cohesión social se rompen. La comunidad ya no acoge a quienes fracasan, lo que los lleva a sentirse humillados, a dudar

de sí mismos o incluso a odiarse. La sociedad del rendimiento destruye el entorno social en el que tenemos la sensación de estar protegidos y valorados. Desencadena una serie de destructivas fuerzas centrífugas que separan a las personas.

En este contexto, el respeto no es algo que *se asigne* incondicionalmente a cada ser humano en calidad de «sujeto moral», sino que se contempla más bien como el *resultado de un rendimiento individual*, y se lucha encarnizadamente para conquistarlo. La lucha por el respeto tiene lugar como una *lucha por el estatus*. Perder el estatus equivale a perder el respeto, algo que se quiere evitar a toda costa. La «idea del bien», que es el principio conductor de la sociedad bien ordenada, cede ante el *materialismo de la propiedad*. El estatus no tiene nada que ver con una distribución justa de los derechos y libertades fundamentales. De hecho, la necesidad de estatus se satisface a través de la profesión, de la carrera, de los ingresos y del patrimonio. El estatus se define exclusivamente a través del dinero y del poder.

Allí donde tiene lugar una lucha en torno al respeto, todos quieren ascender por la escalera del bienestar. Esta despiadada lucha genera una competencia de todos contra todos, lo que aísla a las personas y, en consecuencia, desestabiliza la sociedad. Ya no hay sentido comunitario ni solidaridad que la cohesione. La lucha por el respeto es incompatible con el bien común, porque implica que cada cual se ocupa exclusivamente de su propio bien, de su propio bienestar. El principio del rendimiento se opone al principio de justicia en la medida en que fractura a la sociedad: la justicia la une y la reconcilia,

pero el rendimiento la divide y la fragmenta. Junto a la constante competencia llega el temor: en todas las capas de la sociedad reina el *miedo en torno al estatus y al desprestigio*. Cada cual se compara con todos los demás. Cada cual teme salir perdiendo, tomar una decisión incorrecta o convertirse en alguien de menor valor.

La lucha por el respeto desemboca en rechazos sociales y en malentendidos que acaban dando lugar a estallidos de violencia y a agresiones. En su ensayo *Perspectivas de guerra civil*, Hans Magnus Enzensberger describe una violencia que se está propagando de manera incontrolada ante sus ojos y cuyas metástasis invaden también las metrópolis occidentales. De hecho, el autor habla de una «guerra civil molecular»: molecular porque esta violencia, en calidad de «proceso endógeno»,[20] se desata en el corazón de la sociedad sin necesidad de que se formen frentes ni se declaren guerras u hostilidades, y penetra en todos los poros de la vida cotidiana: «La guerra civil molecular se inicia de forma imperceptible, sin que medie una movilización general. Poco a poco, en la calle se van acumulando las basuras. En el parque aumenta el número de jeringuillas y de botellas de cerveza destrozadas. [...] Los colegios aparecen con el mobiliario destrozado, los patios apestan a mierda y orina. Nos hallamos ante unas declaraciones de guerra; aunque pequeñas, mudas, el urbanita experimentado sabe interpretarlas. Pronto la nostalgia del gueto se desahoga por medio de señales más claras. Neumáticos pinchados, teléfonos públicos inutilizados, coches incendiados. Estos actos espontáneos exteriorizan la rabia por todo cuanto todavía está entero, el odio contra todo aquello que aún funciona; un odio

que forma una amalgama indisoluble con el odio hacia uno mismo».[21]

La lucha por el respeto va acompañada de formaciones moleculares de violencia. Las agresiones difusas que hoy en día resultan perceptibles en todas partes constituyen una manifestación de estas pequeñas y mudas declaraciones de guerra. Son especialmente traicioneras porque se cuelan imperceptiblemente en el día a día, lo contaminan incluso, y acaban descomponiendo la sociedad.

Los perdedores constituyen la avanzadilla de la guerra civil molecular. Las ofensas y las humillaciones a las que están expuestos se convierten en violencia y agresión. Pero lo que hay detrás de la guerra civil molecular no es el egoísmo, sino el autismo,[22] la destrucción total de la relación consigo mismo y con los demás. Quienes libran este combate no son héroes que exhiban su ego con el afán de reafirmarlo, sino *antihéroes* con un ego dañado, mermado y vaciado. «Evocan un yo que ya no existe».[23]

A diferencia de la guerra tradicional, la guerra civil molecular no necesita ningún enemigo claramente identificado: los perdedores dirigen su agresión contra todo, incluso contra sí mismos. Además del «empresario de sí mismo», que sucumbe a la guerra contra sí mismo, es decir, a la autoexplotación o al síndrome de desgaste profesional, el régimen neoliberal produce el *enemigo de sí mismo*, devastado por el autoodio o la vergüenza. Los suicidas son *víctimas de la guerra civil que libran contra sí mismos*.

Los antihéroes carecen de ideología e ideales. No *actúan* movidos por sus convicciones: *enfurecidos, se arrasan a sí mismos*. La guerra civil molecular es una

contienda que aspira a una destrucción sin sentido: «En las actuales guerras civiles ha desaparecido todo vestigio de legitimación. La violencia se ha desligado totalmente de las justificaciones ideológicas. A diferencia de los criminales de nuestros días, los de tiempos pasados eran personas creyentes. Querían dejar bien sentado que mataban y morían en nombre de algún ideal. [...] [Sin embargo, los criminales de nuestros días] se caracterizan por la total falta de convicción».[24] Incluso la «germanidad», en cuyo nombre se ejerce la violencia, no es más que un «eslogan sin contenido», que sirve exclusivamente «para rellenar los huecos del cerebro».[25] La ideología, en este caso, es una «simple mascarada» con la que se disimula la ausencia de sentido.

Enzensberger menciona las crecientes desigualdades sociales que existen en la sociedad actual, pero cuestiona la hipótesis de que los desequilibrios económicos sean la causa de la guerra civil molecular: «Desde que el mercado mundial ha dejado de ser una visión de futuro [...], cada año produce menos ganadores y más perdedores; pero no solo en el Segundo y en el Tercer Mundo, sino incluso en el centro del capitalismo. [...] La violencia colectiva no es más que la reacción desesperada de los perdedores ante su situación económica sin futuro. Sin embargo, no se han producido las consecuencias políticas anunciadas por los teóricos marxistas. En este sentido, sus tesis han sido falsificadas. La lucha internacional de clases no tiene lugar. [...] Los perdedores, lejos de unirse bajo una misma bandera, van acelerando su autodestrucción, al tiempo que el capital se retira siempre que puede de los escenarios bélicos».[26]

El hecho de que el marxismo y su concepto de la revolución no sirvan para explicar la guerra civil molecular no implica que no exista una relación entre la violencia y las turbulencias económicas. A Enzensberger se le escapa un importante factor: la esencia del régimen neoliberal. A diferencia de los obreros de la Revolución Industrial, a los que se sometía mediante un régimen disciplinario, los perdedores de la sociedad neoliberal del rendimiento no constituyen una clase. El marxismo es incapaz de explicar las turbulencias sociales del régimen neoliberal. En los movimientos obreros clásicos se luchaba por la liberación de una clase oprimida y socialmente desfavorecida y se movilizaba a amplios sectores de la población contra la burguesía dominante. Los trabajadores estaban unidos por una fuerte solidaridad y no competían entre sí. Tampoco en la sociedad feudal de estamentos, en la que también existían enormes desigualdades sociales, se libró ninguna encarnizada lucha en torno al respeto *dentro* de una clase. En cambio, en la sociedad del rendimiento *todos luchan contra todos*, a lo largo y ancho de todas las capas sociales. Ya no existe solidaridad alguna, ni siquiera entre los perdedores. Mientras que la lucha de clases movilizó en su momento a todo un colectivo, la lucha por el respeto separa hoy a las personas. Para los perdedores, que están aislados los unos de los otros, es impensable plantear una lucha común. Esta es la diferencia entre el precariado y el proletariado. El precariado no se levanta para sublevarse: en realidad, lo que hacen los perdedores es desarrollar odio hacia sí mismos y lanzarse a agredirlo todo. Su agresión *no es selectiva*. Por eso en el régimen neoliberal no es

posible una revolución que se *dirija selectivamente* contra la clase dominante o el sistema.

En las redes sociales, la lucha por el respeto se libra como una *lucha por la atención*. Quien no recibe un *feedback* positivo se siente ofendido y humillado. En esos espacios, la falta de reconocimiento se vive como un rechazo social, como una exclusión. Así pues, las redes sociales producen sus propios perdedores. La ausencia de reconocimiento conduce a una crisis existencial, sobre todo entre los adolescentes. La evaluación permanente por parte de los demás y la constante comparación con los otros suscitan inseguridad y ansiedad. Además, las imágenes ideales que difunden los *influencers* constituyen nuevas fuentes de humillación que se traducen en la sensación de no ser suficiente, y esa impresión de no responder a las propias expectativas merma el respeto hacia uno mismo. El linchamiento digital, el ciberacoso laboral y el *shaming* o la humillación en Internet generan exclusión y destruyen la cohesión social.

Hacia el final de la obra *El respeto: sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*, un ensayo con tintes autobiográficos, Richard Sennett formula la esperanza de que las artes escénicas y la música nos ayuden a abrir los ojos ante la práctica de la expresión del respeto mutuo.[27] Para que unos músicos, por ejemplo, se coordinen correctamente es necesario que se respeten los unos a los otros. Una comunidad que se rige por el respeto es como un «jazz social». No en vano, el jazz es la encarnación de la comunidad ideal basada en el respeto. Los músicos se funden en una *comunidad sonora* gracias al respeto mutuo e incondicional. Solo así es posible que

surja la armonía entre ellos. En su caso, *nadie lucha por el respeto*. Nadie se siente ofendido o humillado por una falta de respeto. Los músicos no actúan unos contra otros, sino que *tocan unos con otros*. Y, sobre todo, siguen *ideales comunes*. Están unidos por un *sentido comunitario*.

Para que una improvisación salga bien, es necesaria una armonía basada en el respeto. Esta comunidad sonora se asemeja a la sociedad bien ordenada que describía Rawls.